

Remedios desesperados para intrusos desobedientes

JULIA SAN MIGUEL MARTOS

Ilustraciones de Purificación Hernández





Remedios desesperados para intrusos desobedientes

edebé

Julia San Miguel Martos

Remedios desesperados para intrusos desobedientes

Ilustraciones: Purificación Hernández

edebé

© Julia San Miguel Martos, 2018
© *Ilustraciones*: Purificación Hernández, 2018

© Ed. Cast.: Edebé, 2018
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño de colección: Book & Look

Primera edición, marzo 2018

ISBN: 978-84-683-3419-6
Depósito legal: B. 25981-2017
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para mis bichejos preferidos,
los lectores.*

Índice

1. Remedios desesperados
para... HORMIGAS desobedientes 9
2. Remedios desesperados
para... ARAÑAS desobedientes19
3. Remedios desesperados
para... RATONES desobedientes29
4. Remedios desesperados
para... GORRIONES desobedientes .. 41
5. Remedios desesperados
para... POLILLAS desobedientes51
6. Remedios desesperados
para... PIOJOS desobedientes 57



1

Remedios desesperados para... **HORMIGAS desobedientes**

A la bruja Eulalia lo que más rabia le daba era encontrarse, cada mañana, el tarro de miel lleno de hormigas.

Les había pedido con mucha educación que se marcharan y no volvieran más. Pero de nada le habían servido los buenos modales.

Escondió el tarro de miel en los lugares más insospechados, y muchas veces ni



ella misma acertaba a saber dónde lo había guardado: en el congelador, dentro de la lavadora, debajo de la ropa para planchar o entre los zapatos a medio limpiar...

Sin embargo, no había forma de despistarlas.

No sabía cómo, pero allí estaban las hormigas, zampándose la miel del desayuno como si fueran glotones osos.





Preguntó a sus vecinas, las otras brujas, si sabían de remedios caseros para espar-tarlas.

Probó a sembrar menta en el jardín, a echar sal y canela en las juntas de los armarios, a repartir rodajas con pepino por todos los rincones, a rociar con vi-nagre la despensa, a tapar con silicona todos los agujeros de las paredes, a ce-rrar a cal y canto puertas y ventanas, a no dejar restos de comida en el suelo ni en la encimera...

Pero las hormigas seguían allí, abarro-tando cada mañana el tarro de miel, como si fueran abejas en una colmena.

—¡No me gustan los bichos! ¡Y menos en mi casa! —refunfuñaba la bruja Eulalia, que se iba a trabajar sin probar bocado,



después de intentar espantar a las hormigas del tarro de miel y de su cocina.

Y buscando buscando otros remedios para deshacerse de las golosas hormigas, encontró en la biblioteca el libro *Remedios desesperados para hormigas desobedientes*.

Aquella noche se lo leyó de un tirón y antes de dormirse halló la solución:

«Caliente la miel en el microondas. Las hormigas se quemarán la lengua, no distinguirán lo dulce de lo salado y dejarán de invadir despensas ajenas».

Ni corta ni perezosa, la bruja Eulalia calentó la miel y la dejó hirviendo en la despensa.

¡A la mañana siguiente las hormigas habían desaparecido!





Y toda contenta, la bruja Eulalia pudo desayunar una rica y enorme tostada untada con un poco de miel y mantequilla.

Sin hormigas, los días transcurrían felices en casa de la bruja Eulalia.

Para celebrarlo, decidió invitar a sus vecinas, las otras brujas, a una merienda. Haría un bizcocho y natillas.

Después de comprar todos los ingredientes, se dispuso a cocinar. Primero, las natillas. Pero se le quemaron y tuvo que repetirlas de nuevo.

Ya se le iba echando el tiempo encima, y aún le quedaba por hacer el bizcocho.

Leyó la receta: cuatro huevos, trescientos gramos de harina, cien gramos de mantequilla, un sobre de levadura, un yogur y doscientos gramos de azúcar. Pero con las



prisas, en lugar de gramos de azúcar leyó «granos».

—¡Ay! —se lamentó—. ¿Cómo me voy a poner a contar doscientos granos de azúcar a estas horas? Mis vecinas están al llegar... ¿Quién me podría ayudar?

En ese instante se acordó de las hormigas. Para ellas sería muy fácil contar los doscientos granos. Así que, sin dudarlo, les pidió ayuda.

Las hormigas se lo pensaron dos veces. Estaban muy enfadadas. Desde que se habían quemado con la miel, la lengua la sentían como si tuvieran un estropajo dentro de la boca. Pero no le dijeron que no. Y aparecieron doscientas hormigas para contar los doscientos granos que la bruja Eulalia necesitaba para hacer el bizcocho.



Sin embargo, en lugar de los granos de azúcar, muy astutas, tomaron los de sal. Y uno a uno, los doscientos granos de sal se mezclaron con los cuatro huevos, los trescientos gramos de harina, los cien gramos de mantequilla, el sobre de levadura y el yogur.

El bizcocho salió del horno con una pinta estupenda.

A la mesa esperaban impacientes las vecinas para hincarle el diente.

Mientras la bruja Eulalia les contaba, muy orgullosa, cómo había conseguido deshacerse de las molestas hormigas, partió el bizcocho y lo sirvió en lujosos platos.

Para su sorpresa, todas escupieron al primer bocado.

—¡Puaj! ¡Qué asco! ¡Este bizcocho sabe



a rayos! ¡Está salado! —Y salieron de estampida a beberse toda el agua del grifo.

Las hormigas, muy divertidas, lo festejaron entrando de nuevo, cada mañana, en el tarro de miel de la bruja Eulalia.

